

¿QUÉ ES FILOSOFÍA?

Gabriel Carpintero Román

Gabriel Carpintero Román vino al mundo en Madrid, la fría noche del 28 de octubre de 1987. Hijo de un ingeniero de telecomunicaciones y una médico, es el mayor de dos hermanos. Posteriormente, se traslada a vivir a Benalmádena (Málaga) donde pasará el resto de su breve vida (apenas tiene 23 añitos) a excepción de una fugaz estancia académica en Wolverhampton (Inglaterra). "Yo soy malagueño... pero nací en Madrid" será su respuesta si le preguntas por su procedencia al percartarte de su acento madrileño. Ávido lector desde su infancia, estudiante aplicado y con buenos resultados, pronto descubrió cierta inclinación hacia la filosofía. Licenciado en esa disciplina por la Universidad de Málaga, en la actualidad comparte dos proyectos simultáneos. Por un lado cursa el Master de Profesorado en Secundaria y Bachillerato (el antiguo C.A.P.), también en la UMA, y por otro está pendiente de conseguir alguna beca que le permita escaparse a realizar estudios de master o doctorado en Filosofía de la Ciencia en el extranjero.

Alejandro Rojas: Buenos días Gabriel. En primer lugar quiero felicitarte por tu reciente titulación, y darte mi enhorabuena por haber sabido pasar por este departamento dejando huella. Me gustaría conocer tu opinión sobre la licenciatura de filosofía en Málaga. Después de estos años como estudiante ¿podrías contarnos en pocas palabras tu impresión sobre ella?

Gabriel Carpintero: Personalmente he disfrutado mucho estudiando la carrera de filosofía en Málaga. Los alumnos siempre nos quejamos de los profesores, las instalaciones, los precios de la cafetería, la diligencia de los conserjes... pero lo cierto es que a nivel de formación la licenciatura de filosofía de la Universidad de Málaga es bastante buena... y lo digo comparando con mi fugaz estancia en el extranjero, donde disponíamos de magníficas instalaciones pero el nivel de formación era bastante flojo. Mi experiencia ha sido muy positiva y me ha servido para aprender mucho, conocer a mucha gente, hacer muchas cosas que no habría podido hacer fuera del marco universitario... en fin, sólo hubiese faltado que se nos rifasen a los filósofos recién licenciados en el mercado laboral y esto habría sido ¡Jauja!

Alejandro Rojas: Sí, las posibilidades laborales que abre la licenciatura es un asunto que viene persiguiendo desde hace tiempo al departamento. Y aunque en principio el objetivo del departamento es formar filósofos, las escasas posibilidades laborales que abre nuestra licenciatura, ha provocado que muchas voces, incluso dentro del departamento, pidan cambios en los programas docentes para remediar este estado de las cosas. Sin embargo, me sorprende que ninguna voz arremeta contra una sociedad que, a pesar de contar con gente preparada, no se acerque a la Universidad para servirse del saber. Quizás en nuestro caso concreto el problema sea que la filosofía, y su virtud (la prudencia), parece ser una disciplina que prepara a las personas para que sean buenos gobernantes (no ya del estado, sino el buen gobierno y dirección de los asuntos en general), y no se ve muy bien en qué tipo de casos alguien pudiera estar interesado en pedir "buen juicio". No sé que pensarás de esto que digo, quiero decir, igual no piensas que el juicio prudente es la virtud del filósofo, e igual tampoco estás de acuerdo en que es la sociedad la que parece haber dado la espalda a la filosofía, y no la filosofía a la sociedad.

Gabriel: Disiento en varios aspectos. Para empezar, nunca he creído que la universidad sea una factoría de trabajadores. He escuchado a muchas personas quejarse de que la facultad no les ha preparado para la vida laboral posterior, para los trabajos reales... ¡Por supuesto que no! La universidad es una institución dedicada a distribuir conocimiento, no a suministrar capital humano especializado a las empresas públicas o privadas. En la universidad uno aprende las bases de una disciplina, se nos anima a que consigamos autonomía intelectual, a que seamos capaces de aprender por nosotros mismos. Ese es el gran reto de la universidad, crear individuos intelectualmente autónomos, que sean capaces luego de asimilar cualquier conocimiento de su área específica de saber y aprovecharlo en el complejo mundo que nos rodea para sobrevivir dignamente. A veces el mundo no demanda esos saberes en concreto, como puede ser el caso de la sabiduría filosófica... pero sin embargo sí que demanda crecientemente las habilidades de razonamiento crítico, discernimiento, capacidad de argumentación e investigación que requiere la formación del estudiante de filosofía. El otro aspecto en el que no estoy plenamente de acuerdo contigo es en que la prudencia sea la virtud del filósofo. Quizás sea por el agrado que me produce construir inestables e inverosímiles argumentaciones que desmonten las ideas de los demás (desbaratando muchas veces las mías propias), o simplemente por mi irreverente gusto por llevar sistemáticamente la contraria... he acabado pensando que la virtud del filósofo no es el juicio prudente sino el Juicio Osado. Creo que a lo largo de la historia, los filósofos nos hemos caracterizado por defender, o al menos plantear, hipótesis arriesgadas y revolucionarias contrapuestas a los prudentes juicios de los que se limitan a apoyar las ideas del momento, o a tomar

posturas intermedias entre las posibilidades más extremas. Con esto no quiero sustentar una visión estereotipada del filósofo loco y extravagante que dice lo primero que se le pasa por la cabeza como si fuese una genialidad, sino la del pensador que está dispuesto a defender racionalmente las ideas en las que cree a pesar de que estas se alejen bastante de lo habitual. Sin embargo sí que estoy de acuerdo contigo Alejandro, en que si uno defiende *racionalmente* una postura cualquiera, al final acabará comprendiendo también las virtudes de los argumentos contrarios, asumiéndolos y resumiéndolos en lo que tu muy bien has llamado un "buen juicio" o "juicio prudente".

Alejandro Rojas: Bueno, sobre el primer aspecto que me objetas no quise dar la sensación de que yo consideraba que la estructura universitaria debería estar orientada laboralmente, más bien quería decir que era la sociedad la que debería reorientarse a la ciencia y la universidad. Y en cuanto al segundo punto, ¿no crees que el juicio extremo, la pasión por desmontar las ideas de los demás, la argumentación inverosímil... esas capacidades de las que hablas... son el camino dialéctico que otorga al que en él se forma el grado de sabiduría en sentido platónico? La capacidad dialéctica de Platón era muy superior a la de autores aparentemente más rebeldes como Nietzsche, y en absoluto creo que sea ese autor poco vital que se pliega a lo habitual. Puede que nadie más que él haya creído en la capacidad de destruir ideas o que crear discursos sea el único camino para prepararse contra el mundo impersonal de lo que se dice y se piensa... pero no que este ejercicio sea él en sí mismo un objetivo, sino un método formativo que debe acabar en la virtud de la sabiduría, la cual, no tiene porqué consistir en saber algo, sino en ejercer la sabiduría, a la que Platón denominó prudencia; entre otras cosas porque no es apresurada, porque no se deja llevar, porque nace de la capacidad para pensar lo inverosímil y lo opuesto, para buscar la negación y lo sorprendente como único método dialéctico que desemboca en la *episteme*. A su maestro no lo mataron por defender lo habitual. Y si hoy Platón es alguien a quien oponerse es porque su pensamiento (ese que él mismo decía que no pondría nunca por escrito) ha llegado a convertirse, seguramente contra su idea genuina de filosofía, en el contenido del pensamiento filosófico occidental, aunque no porque su propuesta fuera aceptar lo habitual. Antes bien, a la hora de la verdad, Platón no propone contenidos concretos en los que plegarnos, más bien enseña una virtud de la que la técnica dialéctica por tii vitoreada es inseparable. De hecho, se negó a fijar ideas por escrito, quiero decir: a acabar sus diálogos. Y quizás esto ocurriera porque era receloso de decir algo definitivo e impercedero, y porque su gran propósito fuera enseñar un camino, una técnica.

Gabriel Carpintero: Te voy a contestar con un testimonio personal. Hace cinco años me puse a estudiar filosofía con ahínco, buscando respuestas a las grandes preguntas de la vida. Cinco años después, una vez licenciado, he tenido que decidir qué hacer con mi vida, hacia donde dirigirla laboral y personalmente en el futuro distante y en el

apremiante futuro inmediato. La ironía es, ironía dialéctica además, que después de haber estudiado las sorprendentes propuestas vitales de Kierkegaard, Schopenhauer, Platón, Sócrates, y otros tantos, descubro que no sé que hacer con mi vida... que no me vale ninguna de sus respuestas. No al menos íntegramente. ¿Es o no es una irónica paradoja que los que se dedican a estudiar el sentido de la vida, no sepan que hacer con las suyas? Como diría el refranero popular “consejos vendo y para mí no tengo”. Pero es que mis circunstancias históricas y mis preferencias ideológicas son otras y habré de componer, con paciencia, mi propia respuesta a la existencia. Una respuesta que surgirá de mi diálogo mental con las propuestas de todos estos pensadores, pero que no será ninguna de ellas, y que por desgracia no le servirá a nadie más (Que es lo que tienen las soluciones dialécticas). Al fin y al cabo, si quisiese una respuesta prefabricada, fácil de seguir, mayoritariamente aceptada y con la explícita promesa de la vida eterna, o docenas de vírgenes a mi sexual disposición, u otras propuestas nada despreciables, abrazaría una religión monoteísta... y listo.